Angeles Mastretta*

Un amante con lengua de cometa

Desde la tarde de exilio periodístico y desazón en que conocí a Rosa María Roffiel, me la he pasado agradeciéndole cosas, consuelos, compañía, paz.

No conozco a nadie a quien no le pase lo mismo con esta poeta del modo de vivir que es la Güera. Por eso parece tan fácil y es tan difícil hablar de ella. No necesito venir aquí a defenderla, ni a adularla, ni mucho menos a contarla, porque Rosa María pertenece a ese reducido, casi exclusivo grupo humano incapaz de hacer enemigos, y sencilla hasta la transparencia.

Si les digo que la Güera es excepcional van a responderme que ya lo saben, sin embargo a alguien tenía que tocarle el privilegio de explicar el siempre inexplicable consenso en torno a alguien. Alguna vez quisiera tener la sabiduría necesaria para simplemente contar a una mujer como ella, quisiera volverla un invento, un personaje de novela, y aún así creo que resultaría increíble. Una mujer de maneras suaves y voz de Ave María que tiene la fuerza y el valor de irse a Nicaragua en mitad de una guerra, a Líbano en mitad de otra guerra, a cualquier guerra en mitad de su paz.

Una mujer que besa despacio, bebe despacio, mira despacio, camina despacio, y llega siempre a tiempo, registra siempre todo, saborea todo, ama intensamente. Una mujer que nunca grita y nunca se deja pisotear, una mujer de manos cálidas y cuerpo rebelde. Extraña mujer que intuye cuando es necesaria y que se sabe prescindible, una mujer incapaz del chantaje y perfectamente capaz de poner en todo la misma pasión, una mujer sin reproches, sin quejas, sin resguardos. Una mujer valiente que no insulta jamás, una mujer desafiante que no echa bravatas, una mujer trabajadora que no presume, que hace su quehacer con la misma cotidiana paciencia con que las abuelas cocinaban almendras, y cocina delicias con la misma eficacia con que escribe, toma fotos, hace cine, se dibuja en poemas.

¿Cómo no va a ser poeta una mujer así? ¿Y cómo no van a resultar amorosos, vitales, entrañables, cercanos sus versos? Recuerdo un día en que me invitó a comer a su casa. Llegué tarde, con las manos tensas y la prisa en los ojos, hablando en el tono agudo y ávido de la desesperanza, exhausta, con diez minutos para conversar y tragarme lo que hubiera de comida antes de seguir corriendo el mundo sin ningún sentido. Estaba de un humor negro y la tranquilidad con que Rosa María abrió la puerta y me mostró unas pechugas de pollo todavía crudas reposando en salsa blanca me produjo el clarísimo deseo de ahorcarla ¿Con qué derecho se llamaba mi amiga alguien capaz de jugar así con el tiempo, de negarse a la importancia de mis múltiples quehaceres? No me acuerdo qué dije, pero debe haber sido una agresión, tampoco me acuerdo qué contestó ella pero debe haber sido algo sabio porque yo permití que cerrara la puerta y caí suavemente en el abismo de sus encantos.

Cuatro horas después oscurecía en el jardín al que llegaban pájaros desde quién sabe dónde. Nosotras estábamos sentadas en el pasto hablando, mirándonos los pies. Yo le había enseñado a la Güera cómo tejerse diminutas trenzas en su cabeza rayada y ella me había puesto en paz con la vida aunque fuera un rato.

Siempre me pasa lo mismo con la Güera, con ella y con lo que sale de ella, con su libro de poemas para hablar de lo que hoy nos reúne. No sé sí por destino, por equivocación o por naturaleza pertenezco al mayoritario grupo de mujeres que miran a los hombres como un premio, que los gozan y los padecen de esta manera inevitable y desigual que la Roffiel lamenta en el primer poema de su libro, pero sí sé que también por naturaleza me gus-

* Angeles Mastreta en la presentanción del libro *corramos libres ahora* de Rosa María Roffiel.

tan las mujeres y también por equivocación y por destino aprendí a no decirlo.

A las mujeres nos educan para rivalizar, para no tener tiempo de mirarnos, para querernos poco, para oírnos menos, para contarnos nunca. Y deshacer ese entuerto cuesta trabajo, pero de pocos trabajos sale uno tan bien pagado. Creo, que entre otros aciertos, el libro de la Güera ayudará a encontrar el valor que ella suelta cuando dice por ejemplo: "mi cuerpo al que amo por sobre todas las cosas".

Las mujeres tenemos fama de habladoras, de narcisistas, de fodongas, Chismeamos por teléfono, nos reunimos en salones de belleza en lugar de en cantinas, nos ponemos a dieta y otra serie de barbaridades pero todas éstas son sólo maneras vistosas, aunque poco eficaces de lo que debería ser realmente el gusto por nosotras, nuestas historias, nuestros cuerpos.

Hay en el libro de Rosa María una constante búsqueda de esto que deberíamos ser: seres humanos que se gustan, que no tienen miedo, que se cuidan, se miman, se entregan, se cuentan sin reticencias.

"Mi vulva es una flor, un higo" —dice la Güera— y lo primero que yo siento es que *vulva* es una palabra fea. No me gusta, ¿Por qué no usó mi cocho, mi triángulo, mi... algo menos? ¿Menos qué? —me pregunto— Menos *claro,* Acéptalo Mastretta, lo que te molestó fue la claridad. Vulva es una palabra tan poco sonora como nalga, tan precisa y transparente y sonora como nalga. Lo que pasa es que tú siempre dijiste pompas y panocha y cosas menos ciertas. Pero tiene razón la Güera, ese lugar suave íntimo y carnoso por el que tantas maravillas nos pasan, se llama *vulva* y su nombre preciso tiene derecho a la poesía. Vulva, mi vulva, qué bonita palabra: *vulva.*

La Güera se apiada de las mujeres que se desgarran, se encierran. Se conduele de sí y de nosotras, se alegra de nosotras esdrújulas sin brújula, intrépidas, impúdicas, mágicas, y de sí lésbica, lunática, magnífica. Porque a ella no le salen las mentiras y como además de los hombres le gustan las mujeres —copas repletas, goces continuos, lunas— entonces lo dice y es cachondísima:

"Tu piel está hecha para depositar secretos / tu entrepierna para buscarlos. Se entrega: La tarde se acaba/ Nos derrota este amor. *Claudica:* y se me olvidó enseguida que ya te había olvidado. *Se rebela:* Yo puedo todo menos eso, todo menos sentarme a esperar junto al teléfono.

Me dijo hace unas tardes: tengo miedo, es la primera vez que una mujer va a publicar poemas de amor a otras mujeres. Y yo que no le dije nada entonces le digo ahora que no hay motivos para el miedo, que yo nunca me he enamorado de una mujer, al menos no en los términos en que uno cree que se enamora, pero que no estoy dispuesta a asegurar que no lo haría. Uno tiene que estar listo para el amor venga de donde venga, y eso es precisamente lo que hace Rosa María. ¿Qué puede tener de escandaloso, de censurable lo que escribe la Güera?

Así como uno tantas veces quisiera tener una esposa, alguien dispuesto a ir al mercado, freir el jitomate, cuidar a los niños y sonreir, así quisiera uno encontrar un amante como Rosa María, cuando lee la dulzura, el éxtasis con el que quiere: Me llenaré de sol en el verano de tu vientre/ te regalaré un caracol entero/ aunque no sea a mí a quien deseas.

Un amante con la lengua de cometa, de pájaro, de barco. Un amante con la mano atrevida y risueña, con la mano sin flojera que a veces tienen las manos de los hombres.

Hay otra cosa notable en los poemas de la Güera: el sentido del humor. No es frecuente, menos aún entre quienes escriben de amores y formas de amar que suponen excepcionales. Están siempre tan tristes o tan en el do de pecho de su marginalidad que se alejan de los lectores que por azares del destino no entienden el amor homosexual, para llamarlo de alguna manera. Rosa María se burla de sus ganas, de su rabia, de su nostalgia, de sí toda:

"Me pregunto
¿deveras será cuestión de tiempo?
Me contesto:
Sí, seguro que en un siglo..."

Es la Rosa María de siempre, con una golondrina inquieta entre los muslos, con una piel que quiere vivir por su cuenta, con una cabeza que siente, con un deseo, idéntico al de todos nosotros, de que alguien venga y le borre hasta el último rastro de ganas.

Qué loca está la Güera, qué radicalmente cuerda es la Güera. No queda más remedio; hay que darle las gracias otra vez, como siempre que se cruza por nuestra vida con su sangre verde y su interminable y revoltosa paz. Gracias Güera, gracias por los versos que escribes y por los que contagias y acompañas.

La suerte de la fea

Eugenio Aguirre

premià